

Estos hechos tocan tan de cerca la materia, y han introducido una modificación tan profunda en la mecánica química, que es muy posible que su estudio sufra muy serias modificaciones y se oriente definitivamente hacia el campo de la física matemática.

A. M. BARRIGA VILLALBA, M. A.

## LA LITERATURA COLOMBIANA

(Continuación)

Constan los gloriosos hechos del padre Figueroa en otro curioso libro, escrito por quien como él pertenecía a la Compañía de Jesús y había nacido en tierra del Cauca: el padre Manuel Rodríguez, natural de Cali y autor de la obra titulada *El Marañón y el Amazonas*, impresa en Madrid en 1684. Es libro quizá más raro que el del padre Zamora, y no carece de mérito literario, pues está escrito en estilo claro y natural, condición que iba siendo rara en aquella época. En ocasiones es demasiado prolijo y muestra cierto rebuscamiento en pasajes de empeño, como en la descripción que hace de una erupción del Pichincha, que amenazó de ruina a la ciudad de Quito. Tanto este libro, como el del padre Gumilla, tienen en su favor el interés que despiertan con sus solos títulos, pues no pueden ser indiferentes esas antiguas y candorosas relaciones sobre los descubrimientos y conquistas realizados en esos magnos ríos, monarcas de todos los de la América meridional y cuya importancia crece de día en día como poderosos agentes de comercio y de civilización. En las márgenes del Amazonas aún viven las mismas tribus que evangelizó el padre Figueroa, y se dan los mismos productos que constan en la relación del padre Acuña, transcrita por el padre Rodríguez. Y cuando vemos que hoy tropieza allí la civilización con obstáculos casi invencibles, permanecemos atónitos ante aque-

llos españoles que, ya en busca de riquezas, ya movidos por el amor de Dios, lograron, con escasos medios de acción, penetrar en esas selvas y seguir el interminable curso de esos ríos.

Superior a Rodríguez como escritor es don José de Oviedo y Baños, nacido en Santa Fe en 1674. Pasó a Venezuela, a la sombra de su tío, el benemérito obispo don Diego de Baños y Sotomayor, y murió en Caracas. En 1723 se publicó en Madrid un libro suyo, titulado *Historia de la Conquista y población de la Provincia de Venezuela*. Un segundo volumen quedó inédito y se ha perdido. El docto americanista don Cesáreo Fernández Duro reimprimió la *Historia* de Oviedo y alaba en ella «la imparcialidad, crítica y levantado espíritu del historiador verdadero» y halla en los libros V, VI y VII, «el trabajo original con que el autor dilató la esfera de los conocimientos, creando fuente pura a que forzosamente han de acudir los que estudien la región caraqueña, como lo hizo don Rafael María Baralt al componer el *Resumen de la historia de Venezuela*.» Este juicio favorable de un escritor tan docto y tan bien informado como el señor Fernández Duro es el mejor elogio que puede hacerse de la obra del viejo cronista. En los primeros capítulos, Oviedo, siguiendo a otros historiadores, narra episodios tan interesantes como los viajes de Fredemán, que desde las costas de Venezuela vino hasta la sabana de Bogotá, donde había sentado ya sus reales Jimenez de Quesada; y la trágica historia del tirano Lope de Aguirre, cuyos sangrientos hechos y bárbaro espíritu de rebelión dejan suponer un desequilibrio mental en aquel monstruo, asesino de su propia hija. En los capítulos que Fernández Duro considera como labor más original, consigna Oviedo interesantes noticias, ya sobre la fundación de Caracas por Losada, ya sobre las campañas corsarias del célebre almirante Drake, ya sobre otros episodios de la conquista de Venezuela.

Escritor de índole muy diversa es el padre Andrés

de san Nicolás, agustino descalzo, cuyo nombre de familia se ignora. De él dice Vergara: «Hasta su verdadera patria está dudosa; según Ocariz y Nicolás Antonio nació en Tunja; pero en el libro de defunciones de Madrid, en que se registra la partida de su muerte, se dice que era natural de Santa Fe de Bogotá.» Agrega Vergara que fue uno de los fundadores de la Recoleta de san Agustín, en el lindo valle conocido con el nombre del *Desierto*, donde aún subsiste el convento de la Candelaria, y después pasó a Europa, por asuntos de su orden, y residió en Roma y en Madrid, habiendo sido cronista de su religión y Rector del colegio de Alcalá de Henares. Murió el 20 de noviembre de 1666. Nicolás Antonio se limita a insertar el catálogo de sus obras; pero el padre Francisco de Asís se deshace en elogios del religioso neogranadino a quien llama «biblioteca animada que para enriquecer a Europa vino desde América.» Entre sus libros hay uno que interesa por el poético y feliz título que le puso el autor: *Passerculi solitarii planctus*; pero el que especialmente nos interesa es un voluminoso tomo en folio, primero de una obra que comenzó a escribir y no concluyó, titulada *Historia general de los agustinos descalzos de la congregación de España e Indias*. Imprimióse en Madrid en 1666. La obra hubiera sido probablemente de gran precio para nosotros, si el fecundo autor hubiera llegado a terminarla; pero quedó incompleta como otras muchas producciones de nuestra literatura antigua y moderna; y en el único volumen que existe se entretiene en los orígenes de la orden, empezando por recordar los últimos años de san Agustín; y no pasa de España, dejándonos en el deseo de conocer la parte relativa a la patria del autor, bastante olvidada por él, según parece. No es el padre Andrés de San Nicolás un escritor despreciable; y aun cuando hace gala de su mucha erudición en frecuentes y a veces extensas citas latinas, no es su libro uno de esos mamotretos eruditos, inaccesibles a los profanos: está escrito en elegante estilo, con cierta

retórica noble, que revela el artificio, pero no cae en el conceptismo (1).

Escritor de indole muy diferente a la de este grave religioso, cultivador de la prosa y de la poesía latinas, fue don Juan Rodríguez Fresle, autor del celebrado libro que se conoce con el extraño nombre de *El Carnero*. Nació en Santa Fe, a 25 de abril de 1566, y era de los Fresles de Alcalá de Henares, según él mismo declara. Después de haber militado contra los pijaos en sus juveniles años y de haber hecho un infructuoso viaje a la península, aprovechó sus ocios de setentón para escribir su libro, al cual puso un título descomunal, que hubiera recordado a Macaulay el interminable de la obra del doctor Nares. No imprimió el buen Fresle su libro, que después de seculares andanzas no alcanzó editor sino a mediados del siglo XIX. El docto y algo atrabiliario americanista don Marcos Jiménez de la Espada llama a Fresle «chismoso,» con ocasión de cierta anécdota que éste cuenta sobre el recibimiento hecho a Quesada por el emperador; y ciertamente (sin que aceptemos ese calificativo denigrante), hay que reconocer que no puede pasar por modelo de información exacta el que—como nota Vergara—alteró las noticias corrientes y más autorizadas sobre la monarquía chibcha. Otros son los méritos de Rodríguez Fresle, que inició entre nosotros un género muy del gusto de los lectores modernos: la crónica, animada y picaresca, de crímenes y amoríos; la historia íntima de una sociedad, tan distinta de la oficial y pública, y tan adecuada para hacernos conocer, sin máscara aparatosa, el verdadero carácter de una época. Rodríguez Fresle nos pone en comunicación más estrecha con la colonia que los analistas de virreyes, presidentes y prelados, y al lado de los escritores que cultivaban el estilo noble, luce por la gracia

(1) El erudito P. fray Pedro Fabo en el volumen segundo de su *Historia de la Provincia de la Candelaria* (Madrid 1914), dedica dos largos capítulos a hacer el elogio de la vida y obras de fray Andrés de San Nicolás.—Nota del autor.

sin afeites de su prosa. No era escritor correcto, pero sí de cepa castiza; y en la manera viva y graciosa con que narra sus poco edificantes episodios, revela las disposiciones que tenía para haber sido un discreto cultivador de la novela picaresca. Introduce en su relato la nota personal, por medio de digresiones en las cuales consigna el fruto de su desengañada experiencia de la vida, como cuando interrumpe la narración de los ilícitos tratos de doña Inés de Hinojosa con don Pedro Bravo de Rivera, para decir: «Con razón llamaron a la hermosura *callado engaño*, porque muchos hablando, engañan, y ella, aunque calle, ciega, ceba y engaña. Páreceme que me ha de poner pleito de querrela la hermosa en algún tribunal que me ha de dar en qué entender; pero no, se me da nada, porque yo me colgué sobre los setenta años. Yo no la quiero mal; pero he de decir lo que dicen de ella; con esto la quiero desenjar. La hermosura es un dón dado por Dios; y usando los hombres mal de ella, la hacen mala. En otra parte la toparé y diré otro poquito de ella.» Como suele acontecer a los que refieren recuerdos de época lejana fiados en su memoria, Rodríguez Fresle flaquea en ciertos pormenores, como cuando relata, como testigo presencial, la sacada del cadáver de Juan de los Rios del pozo donde lo había arrojado su matador el oidor Cortés de Mesa; y dice que de la herida saltó un borbollón de sangre, acusadora del crimen. Esta sangre fresca que brota de un cadáver sumergido en el agua durante ocho días es una ilusión del buen Fresle, poco ducho en práctica médica. De todos modos, *El Carnero* es el más solicitado de nuestros libros antiguos, quizá por esa flaca tendencia de la naturaleza humana a hallar más atractiva una crónica escandalosa que la relación de los cambios de gobernantes o las efemérides religiosas.

(Continuará).

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

## REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFIA.—CIENCIAS.  
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....	\$ 0,20 oro
Suscripción por año (adelantada).....	2,00 »
Número atrasado.....	0,30 »

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, señor don Carlos Lozano y Lozano, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.



Universidad del  
Rosario

Archivo  
Histórico